

EL ANTONIO MACEO, DE MARIO BRICEÑO PEROZO

Por JOSÉ MANUEL CASTAÑÓN

En abril de 1991, hice un paseo muy grato por el Oriente de la isla de Cuba; trabajadores de la Revolución, hombres, mujeres, alegres, de una claridad increíble en sus ideas, me conquistaron para que estuviese a su vera. ¡Y qué sorpresa, cuando llego a mi domicilio de Madrid, y me asomo al buzón del apartamento! Recibo del amigo y compañero venezolano, el profesor de archivística, en la Universidad Central, el Indiv. de N° de las academias, de la de Historia, de la Lengua española de ese país, que es mi segunda patria (25 años me refugié en ella, de mi exilio de español opuesto al régimen franquista), un libro casi en 32vo., de hermoso título, y de interesante contenido: *Antonio Maceo, la voz del huracán*.

Sale de la imprenta el 24 de abril; por correo aéreo me lo despacha don Mario. Su obra de historiador es ya muy extensa; sin embargo, en su séptima década es que nos está dando lo mejor y más denso de sí, este poeta de toda su vida, este escritor pulquérrimo, minucioso, incansable en la pesquisa del hecho raro, y de su descripción fidelísima; ¿cómo ha podido escribir esta biografía, tan diáfana, tan martiana, tan emotiva? Eso lo sabe él, pero yo, que lo vigilo, tiempo ha, en su tenaz desarrollo como maestro en las doctrinas de Bolívar, y en todas las que signifiquen libertad para su enorme Continente, pienso que pudo escribir su estupendo *Maceo* porque en su actitud ante la vida nunca pierde la fe en un porvenir que sea de veras aceptable para nosotros, los insatisfechos humanos.

¿Cómo es el *Maceo*, de don Mario Briceño Perozo, en sus escasas y profundas 150 páginas? Trae cinco capítulos: *El ancestro coriano*, *La tribu heroica*, *El apóstol y el titán*, *Cuba y Venezuela unidas en el ideal libertador*, y *Vigencia eterna de Maceo*.

El *Maceo* de Mario Briceño Perozo es un libro al que circunda un misterio; ha de ser el misterio del Caribe; ¿qué vínculos se suscitan entre las islas y los extensos litorales del Continente, entre esos puntos que llaman del Caribe, que van desde el arco levantino de sus mil islas hasta esas cabezas de puente geológico que se aproximan a las nórdicas playas mexicanas y estado-unidenses? Tema, este, digno que se indague.

Si nos ceñimos al poema épico, que es el *Maceo*, de don Mario, la clave del misterio tiene que ser el imborrable recuerdo de los funestos encuentros, de europeos, aborígenes, y de las poblaciones de Africa traídas, para el esclavismo, a las islas y a las costas del "mar de los caribes": tómese en cuenta, y este hallazgo me conmueve, que las franjas litorales, la de Venezuela, la de Colombia, y desde luego la de Coro, albergan un mundo casi inédito para las exégesis históricas; de ahí que en tierras corianas el destino señalase, a un Maceo y a un Grajales, como piedras militares de dos familias prototípicas del sueño de liberación de esas gentes; y esto quiero yo que lo capten bien, tanto los españoles de mi comprensiva orilla, como los venezolanos y sus afines, en el inmenso ámbito caribe: el pueblo

de Cuba, el pueblo del insigne Juan Bosch; sí, que se den cuenta, unos y otros, cómo es que Martí, hijo de Bolívar, y Maceo, hijo también de Bolívar, representan un modo de ser que algún día, siglo XXI adelante, habrá de obtener su más perfecto florecimiento.

No veo, en este breve atisbo al canto épico de don Mario, sobre Maceo, Martí, Coro, Cuba, las mujeres heroínas, que me corresponda meterme en los acuciosos y atractivos detalles historiográficos; no me es lícito privar a quienes van a leerlo, y espero que lleguen a ser numerosos dichos lectores, del goce de una obra, fácil de asimilar, que se deja absorber, que exige que se concentre uno en ella, hasta que transite el último capítulo; ahí, en páginas que declaran: a Maceo, este bronceado gigante afro-coriano-cubano, todos le amamos, todos aprendemos a admirarle e imitarle; la suya, inapagable, es la línea de Bolívar, de Martí, y de los actuales libertadores de Cuba. ¿Puedo decirlo yo, que he vivido allí, en una suerte de periplo social? ¿Que allí recobré algo del ímpetu juvenil, no obstante mis más de 70 años? ¿Que allí me afectaron muy hondo esos modos de dar al viajero, y esa galantería de las nuevas antillas cubanas? ¿Que allí pude observar la terrible y porfiada astucia de un imperio demasiado vecino, que no quiere, oficialmente, aceptar que desde 1959 este pueblo, afro-blanco, blanco-afro, afro-caribe, hispano-caribe, se haya metido en la aventura de darse a sí mismo una Segunda Independencia?

En esta carta, mi admirado don Mario, que a la vez te la estoy haciendo como si fuese una parca reseña de tu hermoso poema épico a Maceo, cuando te la escribo me siento profético.

Veo que ya uno no puede ser el antiguo "viajero de Indias", sino el viajero actual que recorre el intenso mundo afro-antillano, afro-cubano, en que hay algo del pueblo español, también, tan notable en esa isla; adivino que tu libro va a recibirse, allá, con gusto; adivino que no será raro que se le traduzca al inglés antillano, al francés antillano, y al papiamento de la Antilla curazoleña. ¿Y por qué este impulso profético, en mí, que no soy sino un escritor de las Asturias, que en apariencia anda muy lejos de estas tierras? Porque me arrebató el huracán mismo de la voz y de la vida de Antonio Maceo, que has captado con tan martiana sinceridad, con tanta exactitud y precisión de historiador.

Bueno, sólo me resta congratularme contigo porque hayas hecho este libro, del Bolívar que, como tú mismo expresaste, todos queremos llevar por dentro; sí, el Poema a Maceo, que titulas: *La voz del huracán*, siguiéndote por el amigo Juan Bosch, no va a ser "una botella lanzada al mar"; todo lo contrario: habrá de ser un texto, de recepción directa y fácil, porque la Coro de Venezuela, que encarnas, en su José Leonardo Chirino, viene a hermanarse con la Cuba esa, interrogante poderosa en el destino de estas tierras, donde los ejemplos antiguos no han sido inútiles.